

Fortún, E. (2019). *Lo que cuentan los niños. Entrevistas a niños trabajadores (1930-1931)*. Edición, prólogo y notas de María Jesús Fraga. Introducción de José María Borrás Llop. Sevilla: Renacimiento, 275 páginas. ISBN: 978-84-17950-26-2.

El interés por el trabajo en la edad infantil, por conocer su presencia y desarrollo a través de las sociedades y del tiempo, ha ido creciendo también en la historiografía a medida que los derechos de los niños se reconocen como un objeto especial de sensibilización y protección. De hecho, como campo que es en continua expansión a pesar de su joven tradición, los estudios sobre la infancia y la adolescencia han abierto debates que hoy quedan lejos ya de aquel interés originario, casi arqueológico, de los historiadores franceses de las mentalidades por inventar la niñez, un interés polémico que iba a alentar en su momento la obra de Philippe Ariès desde los años sesenta del siglo XX, al tratar de poner fecha de nacimiento al concepto de infancia.

El último medio siglo ha avanzado mucho en reconocer como propios sujetos históricos antes apartados de la historia académica, las mujeres ante todo (gracias a la tensión de los feminismos), así como minorías –de color y de elección sexual-, y en general todo género de pobres y olvidados, entre ellos la edad infantil. Al hilo de la expansión y afirmación del concepto de derechos humanos, gracias en parte al cine y a los medios de comunicación, la atención a la infancia ha calado también en el oficio histórico, abierto a cuestiones planteadas por la psicología, la antropología y la ciencia social. Para muchos, con todo, seguirá siendo incomprensible aquella impresión de Ortega cuando decía que “tal vez” es “un poco inadecuada nuestra ternura ante la infancia”, pues son los propios niños quienes debieran dárnosla, toda vez que “la vida pierde ya vigor en nosotros” (Ortega y Gasset, 1960: 22). Por su parte Walter Benjamin, por muy distintas vías, llegó a la conclusión de que somos nosotros, los adultos, los que necesitamos a los niños; y no al revés (Benjamin, 1989: 109-112).

La visión que suele aportarnos la historiografía es forzosamente pesimista cuando tropieza con la cuestión del trabajo en la infancia. Una historia social comprometida se ha ido implicando en arrancarle a las fuentes lo poco o mucho que la documentación conserva, rescatando las huellas de experiencias de dolor y de esfuerzos –las fuentes son avaras- que dejan débil rastro, las más de las veces, selladas como van por hambre y por pobreza. Se recupera así el hilo conductor de un sufrimiento físico y moral que, hasta épocas recientes, no despertó la compasión política y social de los reformadores, alarmados por la frecuencia del delito infantil o la punzada moral del abandono (niños expósitos, con un nivel tan alto de mortalidad; niños “de la calle”; niños en la guerra o en la emigración...), siempre lentos para la protección... Hoy, esas experiencias provocan con más facilidad rechazo ante su dureza devastadora, pero distan aún mucho de una cobertura total. Los estudios que recogen experiencias dolorosas de niños en el pasado lo hacen así en el marco de una historia fraccional de esa pobreza de larga duración que cubre la mayor parte de la humanidad. En interacción con otras perspectivas científico-sociales, las aproximaciones hechas desde la historia trasladan a los lectores el impacto inmediato de las preocupaciones de nuestro crítico presente, la sensibilidad nacida de considerar diferenciadamente, en los planos jurídico y penal, la condición infantil y juvenil.

En lo que respecta al trabajo de los niños, sabemos que hay debates sobre las notas de eurocentrismo que, a pesar de su innegable valor moral, comportaría la inspiración prohibicionista. Y que la disminución del trabajo infantil, a pesar de los esfuerzos de supresión legal que puntean el siglo XX hasta la convención de Derechos del Niño de la ONU, de 1989 (Gaitán Muñoz, 2018: 17-37), no ha sido ni rápida ni uniforme, y el Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil, lanzado en 1992 por la OIT, está lejos de cumplirse<sup>1</sup>. Somos también conscientes de que el aumento de la desigualdad a lo largo y ancho del planeta ha recaído sobre todo en niños y niñas, junto con las mujeres, percibiendo salarios mucho más reducidos, mayor precariedad y vulnerabilidad. Al enfrentarnos a esa realidad, el cine y la fotografía nos ayudan a conectar aquel pasado que generalizaba el trabajo de los niños y este otro presente que, en tantos lugares de planeta, sigue conformando un continuum de explotación a la vez que de aprendizaje para la vida adulta. Son ya clásicos títulos como *Los herederos*, del mexicano Eugenio Polgovsky (2008), o las tres historias de dolor que Javier Corcuera (2000) relató en *La espalda del mundo*. Pero esa sensibilidad hacia el sufrimiento de los más impotentes frente a la explotación aparece en la historia occidental lenta y dificultosamente. En Chernychevski, por ejemplo (*¿Qué hacer?*, 1863), aquel texto que tanto influiría en el pensamiento revolucionario ruso, aparece el trabajo infantil (de las niñas concretamente) como algo normal<sup>2</sup>. Y ello aunque miradas más atentas

<sup>1</sup> Una revisión de las posturas, en María Eugenia Rausky (2009).

<sup>2</sup> Incluso en la propuesta reformista del taller comunitario y autogestionado que crea la protagonista femenina, Vera Pavlóvna: “Las cuentas de las

a los derechos humanos, y nada utópicas, como la de Concepción Arenal, al igual que destacaba la paciencia de la mujer desde niña (acepta “sin murmurar” el cuidado de hermanos y tareas de casa, “un trabajo prolijo”), denunciara también la degradación física y moral derivada de ciertos trabajos en la infancia: exhibición acrobática o mendicidad.

Actualmente, una parte importante de los estudios sobre actividad laboral y oficios desempeñados por niños que hacemos desde la historia contemporánea surge de la entrevista, la historia oral, e implican el conocimiento directo y autobiográfico que aportan los protagonistas pasado un tiempo. El texto que da pie a estas reflexiones y al que vamos ya –las entrevistas publicadas por la escritora Elena Fortún (1886-1952) en el diario ABC a principios de los años 30-, trasladan hasta hoy sin embargo, aun mediada por su soporte literario, la voz real de un puñado de niños y tres niñas que la entrevistadora quiso llevar, por su valor ejemplarizante, a la sección infantil del periódico, “Gente menuda”.

Prologadas y anotadas por María Jesús Fraga, experta conocedora de la obra de Fortún (pseudónimo de Encarnación Aragoneses), editora de muchas de sus obras, las entrevistas que se reúnen en *Lo que cuentan los niños* nos trasladan a una sociedad inmersa en cambio –rápido, pero profundamente desigual-, la española de los años 30 del siglo XX; una sociedad aún no modernizada del todo, en la que perviven rasgos de composición social tradicional. Veremos un pequeño cartero que recorre varios pueblos de la sierra madrileña; asistiremos en el campo a la era y la trilla..., y temeremos, con razón, las carencias que subyacen al trabajo que ejercen unos y otros: la insuficiente escolarización, sobre todo, por presión económica. Veremos además el entramado emocional de una experiencia colectiva antes común y hoy, por fortuna, ya menos presente: la orfandad bien temprana de tantos niños, o la muerte de pequeños hermanos...

Aspectos, muchos de ellos, que quedan perfectamente analizados y encuadrados en la magnífica “introducción” de José María Borrás, que acompaña a la edición y estudio previo que realiza con maestría María Jesús Fraga. Temprano introductor en nuestro país de técnicas de análisis cualitativas –y a la vez cuidadoso reconstructor de series estadísticas-, Borrás Llop se ha ocupado también en otros lugares de analizar fotografías de niños, y entre ellas, las de su actividad laboral. La edición de títulos como una *Historia de la infancia en la época contemporánea, 1850-1956*, o *El trabajo infantil en España, 1700-1950*, lo convertían sin duda en el introductor ideal para una contextualización histórica de las entrevistas. Y ha mimado, en efecto, el encargo de la editora y recopiladora del volumen en 78 páginas.

Como bien dice él mismo, las entrevistas son “un regalo para la historiografía”, puesto que esas voces de niños “que entregan a sus madres lo ganado con el trabajo” testimoniarían “una infancia que todavía perduraba, en la que se generaban más deberes que derechos y demandas, al contrario de lo que ocurría en la nueva infancia que se expande con el desarrollo de las clases medias” (p. 77). Suponen además esas voces, vistas en su conjunto y a mi modo de ver, el estoico acercamiento de unos pequeños aprendices de adulto a situaciones de esfuerzo material y moral que, más de una vez, trasladan al lector con alegría –otras con resignación, un poquito dolorida incluso-. Y también, en algún caso, aflora significativamente el miedo a los peligros e incertidumbres de una vida expuesta más allá de lo soportable, o el temor a no alcanzar aún la pericia de la madurez.

Los niños entrevistados, con oficios u ocupaciones diferentes, son tratados con cariño y humor por Elena Fortún, para así entretener y a la vez ilustrar a unos pequeños lectores que, en la comodidad de sus hogares, deberían conocer cómo otros niños, menos afortunados que ellos mismos, se “ganaban la vida”. Eligió a un aprendiz de cajista, un monaguillo, un trompeta, un botones, un ayudante de chófer, un vendedor de periódicos, un estudiante (“astrónomo e inventor”), una castañera, un pinche de cocinero, una modistilla (mayor que otros, según las fotos que se acompañan), un vendedor de caramelos, un tabernero –orgullosa de su oficio-, un cartero rural, un traperero, y entre ellos, hoy casi desaparecido, el aprendiz de labrador o motril, que junto con el cartero, se saben de peor suerte, comprensiblemente. Una de las tres chicas es la “alpinista” Ofelia Hernández Pacheco, de actividad gozosa esta vez, en la onda de la Institución Libre de Enseñanza.

Fortún publicó dos series de entrevistas, reales todas ellas menos una: la dedicada a La Pandilla (“Our Gang”), niños protagonistas de películas favoritas del público infantil. Un público que asistiría masivamente al cine a pesar de las diatribas y opiniones, cruzadas y divergentes, de cuantos educadores y políticos polemizaron en el primer tercio del siglo XX acerca de la influencia, positiva o negativa, del cine en mujeres y niños. Si en 1906 Ángel Llorca publicaba un manual, *El cinematógrafo educativo*, que fue muy difundido en las escuelas durante mucho tiempo, en 28 de noviembre de 1912 se imponía la censura para proteger a los niños de los peligros del celuloide. Pero aquellos seguirían ansiando –y practicando- el ir al cine, pues aparecen en la prensa muchas noticias de cines que se incendian, y entre las víctimas abundan los menores.

A los niños trabajadores de la escritora Elena Fortún también les gustaba el cine –así lo dicen-, a veces los toros y, desde luego, a casi todos les gustaba el fútbol. Pero no siempre la asistencia a uno y otro espectáculo estaría a su alcance, y como le confesaba el niño cajista a la entrevistadora, “el cine hablado, no lo he oído (sic) todavía...”

Concluiré resaltando la importancia de abordar representaciones del pasado infantil también a través de documentos de este tipo, en los que las imágenes y el texto (reelaboración estilizada de experiencias reales, en el caso del

---

muchachas, en cuanto al piso y la comida, eran simples; después de algunas vacilaciones decidieron cobrar por un hermano o hermana de hasta ocho años la cuarta parte de lo que hacían por una muchacha adulta. Luego, la manutención de una muchacha hasta los doce años se consideraba como la tercera parte; a partir de los doce, la mitad de la manutención de su hermana; y desde los trece, las jóvenes se convertían en aprendices de taller, o si no se colocaban en otro sitio.” (Chernychevski, 2019: 232).

libro de Elena Fortún) se combinan de manera eficaz para potenciar en los lectores un acercamiento más íntimo, más cercano a lo que ha venido estimándose como armazón instrumental de *historia verdadera*.

### Referencias bibliográficas

- Benjamin, W. (1989). Una pedagogía comunista. En *Escritos. La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Chernychevski, N. ([1863] 2019). *¿Qué hacer?* Madrid: Akal, 2019.
- Gaitán Muñoz, L. (2018). Los derechos humanos de los niños: ciudadanía más allá de las “3Ps”. *Sociedad e Infancias*, 2, 17-37.
- Guidarelli Mattioli, R. (2017). Los herederos: Hacia una crítica benjaminiana de la infancia. *Sociedades e Infancia* 1, 337-341.
- Ortega y Gasset, J. (1960). Notas del vago estío. En *Ensayos escogidos*. Selección y Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Madrid: Aguilar.
- Rojas Flores, J. (1996). *Los niños cristaleros. Trabajo infantil de la industria: Chile, 1880-1950*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- Rausky, M. E. (2009). ¿Infancia sin trabajo o infancia trabajadora? *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 7/2, 681-706.

Elena Hernández Sandoica.  
Profesora Honorífica. UCM.  
elenahs@ucm.es